

Un nuevo semblante para la socialdemocracia

◆
YOLANDA MEYENBERG LEYCEGUI

A principios de la década de los ochentas, el mundo se vio arrasado por un nuevo modelo de acumulación económica que planteaba el abandono de actividades antes consideradas prioritarias por el Estado de bienestar y la devolución al ámbito del mercado de todas las atribuciones que hasta entonces le había conferido el esquema de planificación estatal. Este modelo se sustentó en una estrategia de privatización que restituía el terreno a la libre empresa y privilegiaba la competencia como el mecanismo de integración social.

En la doctrina neoliberal que justificaba este cambio se manifiesta una hostilidad hacia el gobierno extenso, al que se consideraba enemigo de la libertad y la independencia y destructor del orden civil. En su lugar, se pugnaba por un marco legal que acotaría la prosperidad mercantil y permitiría el despliegue de la iniciativa individual. Esta lógica arremetía en contra del igualitarismo, por considerar que procreaba sociedades monótonamente uniformes y sólo controlables mediante poderes despóticos, y se manifestaba indiferente ante la desigualdad social o aun proclive a ella.¹

El auge del neoliberalismo encontró sus expresiones paradigmáticas en la vertiente anglosajona propuesta por Margaret Thatcher y en la estadounidense auspiciada por Ronald Reagan, las cuales, pese a sus matices opuestos, ostentaban coincidencias que les permitieron su contundente proliferación. En el ámbito económico, esa doctrina defendía la idea de que la fuente del bienestar social es el creci-

miento económico guiado por el mercado y estimado en función de macroindicadores que actúan a manera de parámetros de la buena salud de la economía (baja tasa de inflación, reducidos índices deficitarios en el gasto público, disminución de las tasas impositivas y de interés, aumento de los porcentajes de inversión y confianza en el comportamiento de los mercados).

En el plano político, se ponderaba la eficacia de los procedimientos democráticos, la sanción periódica de la actividad gubernamental mediante el voto y la conversión de colectivos en electores individuales capaces de evaluar los costos y los beneficios de la manifestación de sus preferencias políticas.

A veinte años de haberse instalado cómodamente en el poder, el modelo neoliberal logró corregir muchos de los desajustes económicos surgidos durante la era del Estado de bienestar. No obstante, en comparación con sus alcances positivos, los costos han sido muy elevados. Entre sus premisas, es objeto de crítica el relevante papel que se asigna al mercado como lugar donde se ubican eficientemente los recursos, en un contexto donde resulta imposible garantizar la eficiencia, ya que no dispone de instrumentos confiables para obtener información respecto a los costos y beneficios que implica una determinada medida. Se impugnan también los largos periodos de austeridad económica que han de verificarse antes de que el modelo comience a rendir resultados positivos, el fomento de la especulación y la incertidumbre.

Aunque medianamente satisfactorios, el modelo ha obtenido logros económicos en países desarrollados. Sin embargo, su mayor debilidad radica en sus alcances políti-

¹ Anthony Giddens., a tercera vía. *La renovación de la socialdemocracia*, Taurus, 1999.

cos, pues debido a que los mercados no se encuentran constituidos políticamente han ocurrido fracturas importantes en los códigos de integración del espacio público. La falacia de que la libre acción de los mercados generaría bienestar se comprueba en este ámbito, donde la excesiva individualización ha roto tanto los lazos de solidaridad social como los referentes ideológicos de identificación, y generado apatía y desencanto ante la deshumanización de la política.

Como la evaluación del modelo neoliberal no ha dado un resultado positivo, ha vuelto a adoptarse otro que había sido en extremo funcional para la reconstitución de las sociedades europeas devastadas por los estragos de la segunda Guerra Mundial: la socialdemocracia. Detrás de su retorno a las primeras filas de la política se encuentran la nostalgia por el ensamblaje de solidaridad civil y de cohesión social auspiciado por los defensores del Estado de bienestar y la confianza en que es posible corregir los errores que en el pasado propiciaron la crisis económica.

La socialdemocracia resulta atractiva hoy para sectores cada vez más amplios del electorado, porque en su oferta se conjugan seguridad económica y bienestar social. En ella se emprende un esfuerzo por hacer compatibles la defensa de la solidaridad social y el respeto a la autonomía individual, además de un concepto de cambio que no altera los indicadores de solvencia económica de los países, aunque sí pretende resolver problemas prioritarios para la sociedad, pues considera la defensa del medio ambiente, la tolerancia hacia las minorías y la responsabilidad pública ante la desigualdad social.

La lenta recuperación de la socialdemocracia

La historia de la socialdemocracia es larga y en ella aparece una finalidad recurrente: extender el principio democrático de lo político al ámbito social —de hecho al económico—. Nació como una doctrina cuyo propósito era la lucha en defensa de los intereses de la clase obrera, pero se transformó gradualmente, primero para reconocer en la democracia política un valor que permitiría liberarse de las ataduras del capitalismo, tanto a los trabajadores como a sus "aliados naturales" (las nuevas y viejas clases medias),² y después para formular una estrategia electoral empeñada en

encarnar la demanda social de un mejor equilibrio en la distribución del bienestar.

En el devenir de la socialdemocracia han abundado supuestos que, mirados ahora, pueden antojarse ingenuos:

—El surgimiento del socialismo y la idea de la hegemonía socialista como algo inevitable, como un estadio histórico superior en el que se derivaría de manera dialéctica. Los defensores del modelo pensaban que la historia estaba del lado del socialismo.

—La insistencia en que el cambio de la economía es requisito para la emancipación social. El proyecto temprano del socialismo consistía en construir una sociedad dentro de la sociedad, una comunidad de productores inmediatos asociados en talleres y manufacturas, que cooperarían como consumidores y administrarían sus propios asuntos.³ Esta idea se orientaría después a socializar la producción en gran escala y se concretaría en la nacionalización de los sectores de la economía considerados estratégicos, aunque improductivos (el Estado no competía con el capital privado, pero proveía los insumos necesarios para el funcionamiento provechoso de la economía como un todo).⁴

—El concepto de la democracia social como vehículo para transitar de la emancipación política a la liberación social. Las vertientes moderadas del socialismo preveían la participación en el marco de las reglas propias de la democracia representativa (característica de la sociedad burguesa), como el mecanismo para alcanzar las reivindicaciones concretas e inmediatas de la clase obrera y de sus aliados naturales, y como el medio para lograr su ascenso al poder. El amplio debate con sectores socialistas más radicales puso en evidencia las inconsistencias de los argumentos políticos y sirvió de justificación para una nueva propuesta en que se cuestionaba el potencial y la madurez cultural de la clase obrera para erigirse como el sujeto de una revolución social.⁵

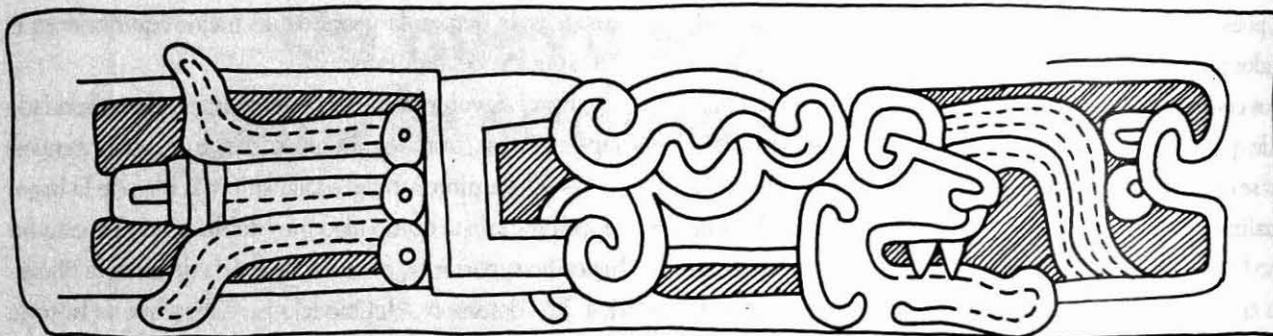
Las primeras incursiones de la socialdemocracia en el terreno electoral no tuvieron mucha fortuna hasta antes

³ *Ibid.*, p. 7.

⁴ La estructura de los sistemas capitalistas construida por los socialdemócratas se tornó en lo siguiente: 1) el Estado asume aquellas actividades que no arrojan ganancia a las firmas privadas pero son necesarias para la economía como un todo; 2) el Estado regula, particularmente persiguiendo políticas anticíclicas, al sector privado, y 3) el Estado mitiga, a través de medidas de bienestar, los efectos distributivos del mercado.

⁵ Sobre este tema la experiencia mostró que los trabajadores tendían, en general, hacia una postura más bien conservadora y que considerar la participación electoral como el momento inicial de un proceso de compromisos revolucionarios era un error; el triunfo de la vía reformista y el enfriamiento de sus partidarios en la defensa de las condiciones de trabajo así lo harían ver.

² Adam Przeworski, *Capitalism and Social Democracy*, Cambridge University Press, 1985.



Fragmento de friso de la Pirámide de los Nichos. Fase la Isla A (ca. 600-900 d. C.). El Tajín

de la segunda Guerra Mundial, pues los partidos de esta tendencia política no lograban la adhesión de muchos ciudadanos, estaban lejos incluso de obtener los votos de la gente a la que creían representar e intervenían en los comicios sin haber resuelto un problema de identidad, porque la adopción de la vía de los sufragios debilitaba su carácter de organismos de clase:⁶ inmersos en una dinámica electoral, debían ser políticamente competitivos en cuanto a su potencial para responder a las demandas crecientes y a la vez hallar coincidencias entre los intereses de los trabajadores y los miembros de otras clases sociales.⁷

Su programa tampoco se apreció como una propuesta viable. Autoconcebidos como partidos en perenne oposición, los socialdemócratas no incluyeron entre sus tareas tempranas la de determinar cómo pondrían en práctica su programa. Sus esfuerzos se concentraron en el terreno de las elecciones y en el de la organización de los trabajadores como clase, y en cambio no diseñaron una política sistemática para socializar la producción. Así, llegado el momento de hacerlo, tampoco estuvieron preparados para emprender la política de nacionalización que defendían. La democracia social de entreguerras se limitó a aplicar medidas coyunturales políticamente compatibles con el statu quo y moderadas en el plano económico, por lo que, en síntesis, no comprometió el balance de poder vigente.

Con todo, una conjunción de hechos permitió superar esos obstáculos hasta conseguir que la socialdemocracia se

transformara en una alternativa viable y una opción atractiva para un alto porcentaje de electores. La elección de la vía parlamentaria como estrategia básica para hacer avanzar su proyecto político, consignada en su declaración de principios, y su oferta de bienestar colectivo, extensiva a todos los miembros de la sociedad, tuvieron una gran acogida.

En cuanto al programa de acción de la socialdemocracia, los hechos cruciales que allanaron su camino fueron el desmantelamiento del tejido social y la necesidad de reconstruir la Europa de la posguerra con base en un modelo de Estado benefactor y un planteamiento económico capaz de armonizar el buen funcionamiento del capitalismo con la provisión de lo necesario para el bienestar de las masas.

La *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, de Maynard Keynes, aparecida en 1936, fue el recurso teórico que dotó a los socialdemócratas de un cuerpo de prescripciones económico-políticas capaces de justificar su línea gubernamental. La defensa del papel activo del Estado en contra de las vicisitudes del mercado capitalista transformó el significado y el valor que se asignaba a las políticas distributivas en favor de los asalariados.

La posibilidad de vincular el control estatal de la economía y el bienestar social fue un hallazgo que permitió un incontrovertible avance a la socialdemocracia. A él contribuyeron también la redefinición de la ciudadanía en términos de la igualdad básica de los miembros de una comunidad, una atención especial a las tareas (no a los derechos) que debían guiar el buen curso de la vida pública⁸ y la aceptación de que se debía garantizar un *status* universal a los derechos de los trabajadores.

En los casos donde la socialdemocracia triunfó e impuso su programa de gobierno, como los de Suecia y Gran Bretaña, los cambios fueron sustantivos: se fortaleció la

⁶ Si se acepta que la clase incidirá en la formación de la cultura política y en el comportamiento político sólo si los individuos construyen su adscripción política en términos de clase, se concluirá que llamar a los electores como ciudadanos les hará menos proclives a una identificación de clase y a un voto en consecuencia.

⁷ Al abandonar una oferta de clase los partidos se vieron inmersos en un alud inatendible de demandas; por ejemplo, debían ofrecer créditos a la pequeña burguesía, pensiones a los empleados asalariados, salarios mínimos a los trabajadores, protección a los consumidores, educación a los jóvenes y subsidios familiares. Przeworski, *op. cit.*, p. 27.

⁸ T. H. Marshall, *Class, Citizenship and Social Development*, Anchor Books, 1965.

democracia, se introdujeron una serie de reformas en favor de los trabajadores, se igualó el acceso a la educación y se proveyó un mínimo de seguridad material a gran parte de la población. No obstante, la incapacidad de los partidos para responder a una demanda económica en constante aumento y la crisis del modelo de bienestar relativizaron esos logros.

La crisis del Estado benefactor inspirado en el modelo keynesiano obedeció a factores de diversa índole. En el plano económico, el crecimiento material generado al principio por la planificación de la productividad dio paso a un estancamiento acompañado de altas tasas de inflación y un fuerte endeudamiento del sector público. La sobrecarga de demandas multiplicó las funciones del Estado y expandió los servicios de que era responsable, lo cual implicó, a su vez, un mayor gasto público y una consecuente crisis fiscal.

En lo político, los sindicatos y los votantes ejercieron fuertes presiones para que el Estado respondiera a su creciente demanda de servicios y el gasto público implicado por ello superó la capacidad de recaudación y condujo al déficit. Como ya se ha indicado, la socialdemocracia no apostó por la representación de clase, hecho que impidió establecer los nexos de solidaridad característicos de los partidos de clase y, ante la incapacidad del Estado para satisfacer las demandas, los empleados asalariados adoptaron una estrategia permanente de huelgas estalladas en diversos sectores de la economía y la inestabilidad provocada por ello indujo a los votantes a retirar su apoyo a los partidos.

En este punto, resulta pertinente una precisión más sobre el papel de los actores estratégicos en el buen curso del proyecto. El esquema socialdemócrata se basó en dos supuestos erróneos: 1) que era posible convencer al capital privado de que destinara recursos para responder a requerimientos de los ciudadanos expresados en las urnas, es decir que las preferencias políticas de los sufragantes serían capaces de influir en la inversión, y 2) que el factor que orientaba el voto era el interés de obtener bienes públicos. Pero el descenso de la inversión ante el decremento de la tasa de ganancia y el declive del voto ante la escasez de incentivos individuales (ingreso, empleo) mostraron lo contrario.

Como se dijo al inicio de este ensayo, ante la debacle del Estado de bienestar y, por consiguiente, de su vertiente política socialdemócrata, el Estado neoliberal, avalado por los partidos conservadores, se impuso durante un largo periodo y dismanteló la mayor parte de las instituciones de

abasto social fundadas gradualmente a partir de la segunda posguerra. El patrón neoliberal ejerció un dominio casi absoluto en la reestructuración de la economía. Tan fue así que los partidos socialistas que lograron colarse en el gobierno durante la década de los ochentas, como el Partido Socialista Francés y el Socialista Obrero Español, tuvieron que ceñir sus expectativas de reforma a las condiciones dictadas por los imperativos del mercado y las tendencias económicas internacionales.

Así como en su momento la socialdemocracia se vio imbuida de un falso optimismo derivado de una lectura errónea de la dialéctica de la historia, durante el auge neoliberal esto se tradujo en un pesimismo difícil de remontar. Los partidos socialdemócratas resultaron incapaces de elaborar una oferta atractiva para los electores y carecieron de discursos convincentes. Pero, después de una década de entrapamiento en los viejos paradigmas, parecen ser más hábiles para hilvanar nuevas propuestas y formular un programa sintético que recupere la fuerza de sus planteamientos tradicionales y proyecte un modelo económico viable.

Europa: la tercera vía, el nuevo centro

La socialdemocracia adquirió un nuevo semblante a fines de la década de los ochentas gracias a la convergencia de diversas acciones de los partidos que la representan en Europa.

La socialdemocracia alemana contribuyó de manera significativa al reciente debate, pues el Programa Básico del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD, por sus siglas en alemán) instituido en 1989 incorporaba temas en que se eludía la tensión que suele provocarse al defender una postura económica y sin embargo reflejaba una honda preocupación por los problemas inéditos que enfrentan las sociedades contemporáneas, como la necesidad de preservar el medio ambiente y atenuar el efecto de los valores posmaterialistas.⁹

Desde 1959, el SPD había mostrado su disposición a someterse a la disciplina de mercado y más tarde declaró incluso su distanciamiento del intervencionismo estatal. Preocupado fundamentalmente por la calidad de vida en una sociedad calificada como "mayoría próspera", alejada

⁹ Para una definición del concepto véase Roland Inglehart, *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics*, Princeton University Press, 1977.

del *ethos* colectivo y de la solidaridad (características de la socialdemocracia benefactora), elaboró una oferta basada en la realización personal y la competitividad económica. Quizá la única evocación del programa socialdemócrata tradicional la constituya la referencia a la necesidad de reconciliar el desenvolvimiento económico con la seguridad social.¹⁰

Otro factor importante de la recuperación socialdemócrata lo representan las iniciativas del Partido Laborista británico tendientes a abandonar la política estatista y protectora inspirada en la doctrina keynesiana, en pro de una estrategia en que se conjugan la economía de mercado y la autonomía individual, aunque se reitera la responsabilidad del Estado en cuanto a problemas prioritarios de salud, daño al medio ambiente, indefensión de minorías y desigualdad social.

De la misma manera que la transformación neoliberal implicó el fuerte liderazgo de la "Dama de Hierro", el cambio socialdemócrata se debe en gran parte a la visión de

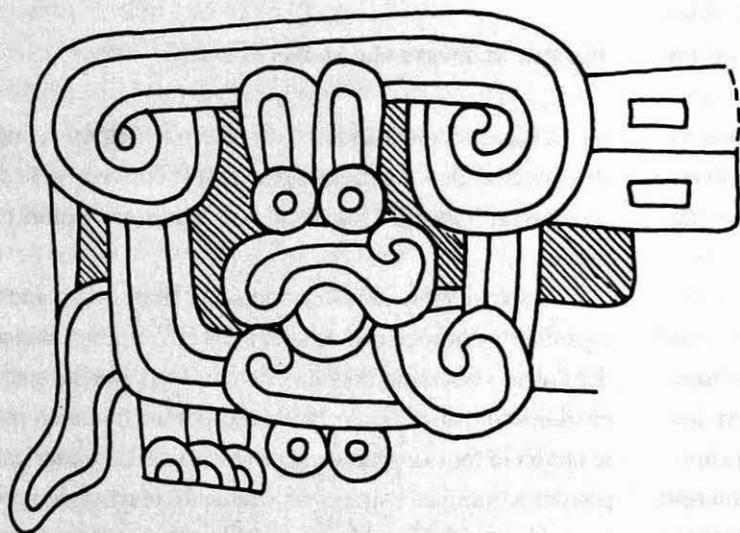
proyecto de la socialdemocracia interpela tanto a una clase media defensora del proyecto cívico que se construyó alrededor del Estado de bienestar, provista de una cultura política fundada en ideas aceptadas y compartidas, como a los sectores marginados y expulsados del mercado laboral a causa de la selección neoliberal.

En la doctrina socialdemócrata predominan ahora la alternativa social-liberal representada por Blair, en términos de la "tercera vía", y Schröder, quien encabeza al "nuevo centro". En esta alternativa se articulan una estrategia de medios fuertemente influida por la tendencia estadounidense y el reconocimiento de la prosperidad generada por la economía de mercado, a la que se propone modificar con un Estado más flexible, cuyo papel regulador sea menos activo. Existe, sin embargo, una segunda opción más apegada a los cánones tradicionales, representada por el socialismo francés que lidera Lionel Jospin y sintetizada en este eslogan: "economía de mercado, sí; sociedad de mercado, no".

En junio de 1999, Schröder y Blair presentaron el manifiesto *Europa: la tercera vía, el nuevo centro*. Ahí indicaban la manera de modernizar a la izquierda y declaraban el abandono de los postulados tradicionales que distinguían a la línea socialdemócrata. Lejos quedaron la defensa del gasto público en favor del bienestar social y las altas tasas impositivas que contribuían a atenuar los desequilibrios sociales. La propuesta, si bien proclive a la economía de mercado, se distingue del neoliberalismo por un discurso en el que se pugna por el retorno de las sociedades (y no de los individuos) a su papel protagónico en el devenir colectivo y por el interés de solucionar los cada vez más profundos problemas de desequilibrio social.

Este manifiesto significaría un preámbulo, o si se quiere una contribución, a la cumbre de la Internacional Socialista celebrada en Buenos Aires a finales de ese mes en un contexto de entusiasmo producido por claros indicios de un avance electoral socialdemócrata. En aquel momento, trece líderes de esa tendencia política ocupaban el gobierno en los quince países de la Unión Europea y la capacidad de la nueva socialdemocracia para triunfar en el terreno electoral parecía ir más allá del viejo continente.¹²

¹² Sirva de ejemplo el reciente triunfo laborista en Israel.

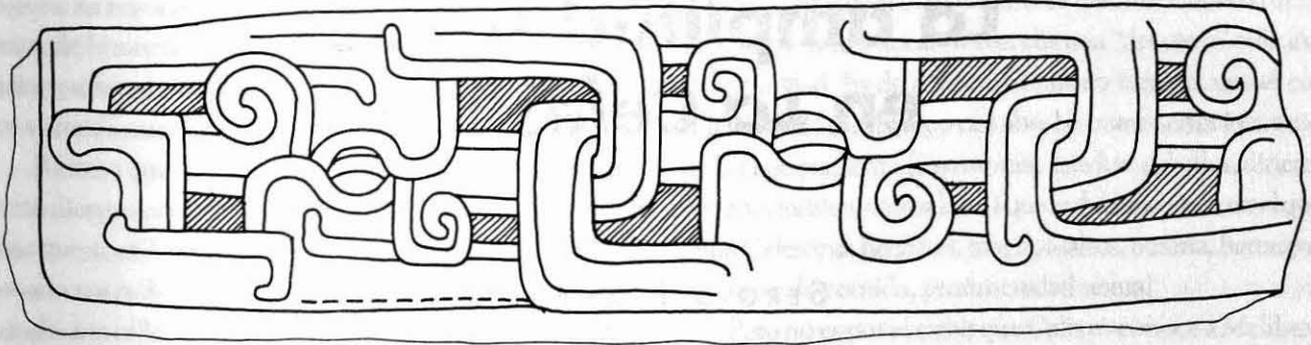


Fragmento de friso del Juego de Pelota Sur. Fase la Isla A (ca. 600-900 d. C.). El Tajin

Anthony Blair¹¹ y a una nueva oferta discursiva en que se replantean valores muy británicos como el servicio a la comunidad y el fomento de la cultura. En este sentido, el

¹⁰ Giddens, *op. cit.*, p. 31.

¹¹ A diferencia de los últimos líderes laboristas como Michael Foot —señalado como responsable directo de la debacle del gobierno— o Neil Kinnock —demasiado entrampado en la disyuntiva entre una estrategia renovadora y su lealtad hacia los sindicatos—, Blair, entre otros atributos, carece de raíces que le vinculen con el caos de los últimos gobiernos keynesianos, por pertenecer a una nueva generación partidista alejada de las ineficiencias de la planeación estatal y del excesivo peso político de las asociaciones sindicales.



Fragmento de friso del Juego de Pelota Sur. Fase la Isla A (ca. 600-900 d. C.). El Tajín

Por encima del control del poder, los alcances del encuentro deben ponderarse a la luz de un documento que pretendía homologar las estrategias socialdemócratas. El Consenso de Buenos Aires, pronunciamiento conjunto contrapuesto a la receta neoliberal dictada en el llamado Consenso de Washington, establecía una serie de metas:

1. Materializar un avance hacia el progreso social, con fundamento en un nuevo consenso capaz de garantizar que las consideraciones políticas prevalecerán sobre las puramente económicas.
2. Asegurar que los beneficios del proceso de cambio se distribuyan de manera justa entre los pueblos del mundo.
3. Criticar la política económica neoliberal, por haber acentuado la pobreza y la incertidumbre de los ciudadanos.
4. Modernizar la educación y los servicios de salud.
5. Aceptar y respetar la existencia de diferentes modelos para resolver estos problemas.

Hasta ahora, lo que reviste de gran interés la propuesta socialdemócrata es su compromiso de conducir la política sin ocasionar grandes tensiones sociales y, al mismo tiempo, de imprimir un carácter más humano al oficio público. En contraste con la percepción evolucionista del neoliberalismo, en que la desigualdad se consideraba un hecho social inevitable y ajeno a toda responsabilidad del Estado, el desafío que representa la nueva socialdemocracia es la actualización de un viejo principio político ya olvidado: el de la igualdad, que hoy se transforma en equidad.

Lejos de la idea de que el Estado debería proteger a la sociedad de los efectos perversos del mercado, la prioridad es fijar las reglas de una responsabilidad mutua. Cambia también el supuesto de la capacidad pública para generar igualdad de manera artificial, ya que la oferta social-liberal se asienta en el concepto de nivelación, que propugna la igualdad de oportunidades para todos, sin privilegios especiales para nadie. Lo que se propone, en síntesis, es un go-

bierno que dote a los ciudadanos de los instrumentos que necesitan para prosperar.

Un punto más refuerza a la nueva socialdemocracia: su intención de emprender una "cruzada moral" que libere a la sociedad de las viejas divisiones de clase, las añejas estructuras y los antiguos prejuicios. Vuelve así a defender las libertades civiles para evitar que la ignorancia, la pobreza, el miedo y la injusticia impidan la realización de los individuos.¹³

Todo esto hace suponer que, si bien la década de los ochentas y buena parte de la de los noventas estuvieron marcadas por el auge neoliberal, iniciaremos el nuevo siglo bajo un signo político diferente. No obstante, hay que estar alertas para evitar optimismos excesivos.

Tres consideraciones previenen en contra de excesos de confianza: la necesidad de ofrecer una alternativa política que, a diferencia de su antecesora neoliberal, tome en cuenta los ritmos políticos y sociales, los alcances económicos y las características culturales que distinguen a unas sociedades de otras; el imperativo de conseguir para la nueva propuesta una buena acogida entre los correligionarios socialdemócratas, pues un hecho que la cumbre de Buenos Aires puso de manifiesto es que la inclinación liberal sugerida por la alianza anglogermana no despertó el mismo entusiasmo entre todos los participantes, y, por último, la obligación de que el modelo sea capaz de controlar una crisis, pues aunque hasta ahora las condiciones han sido favorables para los nuevos gobiernos socialdemócratas—éstos se han limitado a maniobrar con el timón neoliberal con una actitud más humanizada y, por otra parte, sus predecesores les entregaron el poder con finanzas públicas sanas—, está por verse cuál será la reacción de los nuevos líderes europeos ante un eventual proceso económico recesivo. ♦

¹³ Discurso pronunciado por Anthony Blair en el Congreso del Partido Laborista, 28 de septiembre de 1999.